

**DOS QUIJOTES FINISECULARES:
«D.Q.» DE RUBÉN DARÍO (1899) Y *EL ALMA*
DE DON QUIJOTE DE JERÓNIMO MONTES (1904)**

1. La carga simbólica que ha ido adquiriendo Don Quijote de la Mancha con el correr de los siglos ha sido utilizada de muy diversas formas y con muy diferentes objetivos. Por lo que respecta a la literatura posterior a la novela original cervantina, es muy difícil encontrar un uso neutro del personaje modelo, empleado más bien en función de los intereses ideológicos dispares y no pocas veces disparatados de los autores que, dentro de la prosa española e hispanoamericana, y más singularmente en el ámbito de la narrativa, se han propuesto imitar, continuar o ampliar el *Quijote*. De esta manera, los personajes y obras nacidos al calor del texto de Cervantes son casi siempre el resultado de la recreación sesgada de un patrón que llega en ocasiones a convertirse más en una excusa interesada que en un modelo, circunstancia que no desmerece necesariamente el valor literario de las nuevas aportaciones.

El *Quijote* y Don Quijote han sido ocasionalmente utilizados al servicio del análisis y la difusión de una determinada concepción filosófica, tal y como podemos apreciar en *El teniente del apologista universal* de Eugenio Habela Patiño¹, donde se cuentan las aventuras de «Don Quixote el Segundo, alias el Escolástico» en medio de las correspondientes disquisiciones sobre la corriente filosófica correspondiente a las ideas profesadas por el protagonista.

Otras veces la novela y el personaje de Cervantes han servido para reivindicar determinados valores estéticos. Así lo vemos en el

¹ EUGENIO HABELA PATIÑO, *El teniente del apologista universal*. Madrid, Antonio Espinosa, 1788.

Teatro español burlesco o Quijote de los teatros de Cándido María Trigueros², obra que encarece las bondades del teatro clásico español en detrimento de la crisis que denuncia el autor en la escena de principios del siglo XVIII. Mención aparte, en esta misma intención de tono crítico y objeto estético, merecen los textos de Ybáñez de Echabbarri y el Padre Isla, dedicados a desmerecer la mala oratoria sacra dieciochesca. El primero de ellos, el aún inédito *El Don Quixote de los predicadores de la moda...*³, es un compendio en el que el autor, émulo del primer Don Quijote, consagrado a salvaguardar la verdad, se pronuncia sobre las normas que deben regir la oratoria sagrada de su tiempo. Por su parte, y como sabemos sobradamente, Francisco de Isla se dedica en su *Fray Gerundio*⁴ a trenzar una eficaz sátira de la retórica trasnochada que los últimos coletazos barrocos permitían oír en los púlpitos españoles.

Quienes se han inspirado en el *Quijote* para escribir sus recreaciones se han guiado también a veces por una intención didáctica entendida en el sentido socialmente amplio de la palabra. *El tío Gil Mamuco*⁵ trata de ilustrar al lector de finales del siglo XVIII sobre las graves consecuencias que puede ocasionar la falta de dedicación a labores útiles y provechosas, y en *La Quijotita y su prima*⁶ José Joaquín Fernández de Lizardi expone los resultados negativos que se consiguen al orientar la educación de la mujer exclusivamente hacia la vida de sociedad y el matrimonio.

Otras obras se refieren con intención crítica a unas determinadas circunstancias sociohistóricas. En la *Querrela que Don Quixote de la Mancha da en el tribunal de la muerte...*⁷, de Nicolás de Molani Nogui, don Quijote comparece para quejarse ante el supremo juez por las visitas rendidas a Diego de Torres Villarroel por el fantasma de Francisco de Quevedo con el fin de denunciar el nuevo es-

² CÁNDIDO MARÍA TRIGUEROS, *Teatro español burlesco o Quijote de los teatros*. Madrid, Imprenta de Villalpando, 1802.

³ BERNARDO YBAÑEZ DE ECHABARRI, *El Don Quixote de los predicadores de la moda, que sale a enderezar los tuertos i sazonar los desaguizados de nuestros púlpitos*. El manuscrito de esta obra, escrita con toda seguridad en el siglo XVIII, está codificado con el núm. 164 en la Biblioteca de la Real Academia Española.

⁴ JOSÉ FRANCISCO DE ISLA, *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*. En Madrid: en la Imprenta de D. Gabriel Ramírez. Calle de Atocha, frente del Convento de Trinitarios Calzados, año de 1758. Remitimos a la edición Russel P. Sebold en Madrid, Espasa-Calpe, 1960, 4 vv.

⁵ D.F.V. y C.P., *El tío Gil Mamuco*. En Madrid, en la oficina de Aznar, 1789.

⁶ JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *La Quijotita y su prima*. México, 1818. Manejamos la edición de México, Porrúa, 1967.

⁷ NICOLÁS DE MOLANI NOGUI, *Querrela que Don Quixote de la Mancha da en el tribunal de la muerte contra D. Fran^{co} de Quevedo, sobre la primera y segunda parte de las visiones, y visitas de D. Diego de Torres*. Madrid, en la Librería de Phelipe Vidarte, 1728.

tado de cosas de la corte, función que reclama don Quijote como propia de un caballero andante. *El Don Quixote de ahora con Sancho Panza, el de antaño*, de Francisco Meseguer ⁸, es un diálogo entre Napoleón Bonaparte, el Don Quijote que se corresponde con el «ahora» de los momentos en los que se escribe la obra, y el Sancho Panza de antaño, es decir, el genuinamente cervantino, que representa los argumentos nacionalistas en contra de la presencia napoleónica en España. Un tercer ejemplo del comportamiento que estamos significando son los *Dos capítulos del Don Quijote suprimidos por la censura*, de Eduardo Barriobero ⁹, texto en el que se vierten opiniones desfavorables al Duque de Lerma, valido de Felipe III.

En alguna ocasión, como en *El Quijote de los siglos* de Enrique Ceballos Quintana ¹⁰, la obra y el personaje originales sirven para que el autor defienda tesis tan progresistas y filantrópicas como la «protección para el trabajo; educación para el pueblo; recompensa justa a los encargados de ilustrarle, y dignidad y amparo a la mujer» ¹¹. A pesar de ejemplos como el anterior, es más frecuente encontrar que la inspiración del *Quijote* sustenta la defensa de un credo conservador que hace blanco preferente de sus invectivas a los múltiples males que proceden de la Ilustración. El hidalgo Peñadura, protagonista de la *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura* de Luis Arias de León ¹², pierde el juicio por culpa de la lectura de las obras de Voltaire, Rousseau y otros padres de las ideas ilustradas; Don Papís de Bobadilla, héroe de la difícilmente digerible novela del mismo nombre, escrita por Rafael Crespo ¹³, enloquece a su vez a causa del estudio de la obra de los defistas ilustrados, y Mr. Le Grand, principal personaje de *El Quijote del siglo XVIII* de Juan Francisco Siñeriz ¹⁴, hace lo propio por enfrascarse en la investigación de los escritos de los filósofos ilus-

⁸ FRANCISCO MESEGUER, *El Don Quixote de ahora con Sancho Panza, el de antaño*. Impreso en Córdoba, y por su original en México en la oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, calle de Santo Domingo, año de 1809.

⁹ EDUARDO BARRIOBERO, *Dos capítulos del Don Quijote suprimidos por la censura*. Madrid, Los contemporáneos, núm. 351, 17 de septiembre de 1915.

¹⁰ ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA, *El Quijote de los siglos*. Madrid, Establecimientos tipográficos de M. Minuesa, 1876.

¹¹ *Op. cit.*, p. 247.

¹² LUIS ARIAS DE LEÓN, *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura*. Marsella, Imprenta de Carnaud y Simonin, 1824.

¹³ RAFAEL CRESPO, *Don Papís de Bobadilla, o sea defensa del cristianismo y crítica de la pseudo-filosofía*. Zaragoza, Polo y Monge, 1829, 6 vv.

¹⁴ JUAN FRANCISCO SIÑERIZ, *El Quijote del siglo XVIII o historia de la vida y hechos, aventuras y fazañas de Mr. Le-Grand*. Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1836.

trados y liberales. En este mismo sentido, las *Aventuras de Rústico Di-Mas de Quincoces*, de Trifón Muñoz y Soliva¹⁵ es un clarísimo exponente de diatriba reaccionaria contra las ideas heredadas de la Ilustración —libertad de imprenta y derechos constitucionales especialmente— y el protestantismo, y todo ello desde la óptica de un catolicismo extremado y una postura política proclive al absolutismo monárquico.

Más allá de la Ilustración y su herencia ideológica, y en esta misma línea de adhesión a un código conservador, vemos en el *Diálogo entre D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero*¹⁶ una decidida defensa de los intereses del clero en el momento histórico de la efervescencia liberal de principios del siglo XIX, en unas circunstancias adversas para la Iglesia, cuyos bienes corren el peligro de ser vendidos. La *Historia del perínclito Epaminondas del Cauca* de Antonio José de Irisarri¹⁷ plantea una propuesta de claro corte antiliberal centrada en la denuncia de la prepotencia partidista, las conspiraciones y las ambiciones políticas del liberalismo ecuatoriano. A su vez, el protagonista de *Don Integro o el nuevo Quijote de Barcelona* de José García Mora¹⁸, es un prototipo del católico integrista, partidario acérrimo de la monarquía absoluta carlista y visceralmente antiliberal. Por fin, la *Peregrinación de Luz del Día* de Juan Bautista Alberdi¹⁹ significa una grotesca ridiculización del socialismo utópico que aplica en la República de Quijotanía, enclavada en la Patagonia, un Don Quijote física y moralmente degenerado.

Debe quedar muy claro que no todas las obras anteriormente citadas guardan una relación argumental con el modelo cervantino. Algunas, como la de Alberdi y menos claramente la de Molani Nogui, son continuaciones²⁰ del *Quijote*; otras, como la de Isla,

¹⁵ TRIFÓN MUÑOZ Y SOLIVA. *Aventuras de Rústico Di-Mas de Quincoces*. Madrid, Imprenta de José Félix Palacios, 1844, 3 vv.

¹⁶ D.E.R.H. *Diálogo entre D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero, escrito en lengua árabe por Cide Amete [sic] Benengeli, testigo presencial y traducido al español [sic] por —*. Valencia, por José Tomás Nebot, 1811.

¹⁷ ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI, *Historia del perínclito Epaminondas del Cauca*. Nueva York, 1863. Manejamos la edición de la Editorial del Ministerio de Educación Pública de Guatemala, 1951.

¹⁸ JOSÉ GARCÍA MORA, *Don Integro o el nuevo Quijote de Barcelona*. Plasencia, Tipografía de J. Hontiveros, 1885.

¹⁹ JUAN BAUTISTA ALBERDI. *Peregrinación de Luz del Día*. Buenos Aires, Editorial Choele-Choel, 1947.

²⁰ Entendemos por continuaciones, dentro de la narrativa hispánica, aquellas obras en las cuales se narran sucesos protagonizados por los personajes del *Quijote* con posterioridad al tiempo delimitado por la historia del protagonista, don Quijote de la Mancha, en el texto cervantino. Para una visión más amplia de las continuaciones y su clasificación véase nuestro estudio *El autor ficticio Cide Hamete*

Habela Patiño, el difícilmente identificable autor del *Gil Mamuco*, Fernández de Lizardi, Arias de León, Crespo, Siñeriz, Muñoz, y Soliva, Irisarri y García Mora, son clasificables como imitaciones²¹, y la obrita de Barriobero es un claro ejemplo de ampliación²². Sin embargo, es algo evidente que en los textos de Ybáñez de Echabbarri, Trigueros, Meseguer, Ceballos y el autor del *Diálogo...*, lo quijotesco no pasa de meras reminiscencias que, lejos de ser significativas, evidencian que el patrón cervantino es una excusa, a veces anclada en el título, para emprender una tarea muy distinta.

2. En el caso que ahora nos interesa, e ideologías aparte, Don Quijote de la Mancha inspira y representa la dignidad española ante el desastre de Cuba y Filipinas en 1898. Es una muestra más, y no necesariamente la más significativa, del especial valor que los intelectuales de entonces le conceden al símbolo hispánico del personaje cervantino. Nos expresaríamos con más propiedad aún si habláramos no de una, sino de dos muestras del sentir nacionalista de nuestro país, dos muestras cuyos autores no son alineables en una misma generación en el sentido sobradamente reconocido del término, porque mientras que la proximidad de Rubén Darío con los hombres del 98 es algo admitido, nada nos autoriza a adscribir al agustino Jerónimo Montes al ámbito generacional del momento.

Debemos aclarar, por lo tanto, que no pretendemos unificar las dos obras que estudiamos en el seno de las ideas noventayochistas. El motivo que inspira a ambas es en el fondo el mismo, pero la propuesta ideológica subyacente es distinta, sin olvidar además que son manifestaciones diferentes —un cuento y una novela— de un mismo género, lo que comporta diferencias que sería ocioso traer aquí a colación. Nos interesa más bien estudiar dos tratamientos singulares de Don Quijote de la Mancha en el seno de una misma inquietud: la pérdida de las colonias españolas a finales del siglo XIX. Nuestro objetivo es seguir los pasos a la sombra de Don Quijote, más clara y noble en el primer caso, e inspiradora, si bien menos lograda y a veces estridente, en el segundo.

Benengeli y sus variantes y pervivencia en las continuaciones e imitaciones del Quijote, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 255-265.

²¹ Llamamos imitaciones a las obras protagonizadas por personajes distintos a los del *Quijote* y construidas más o menos perfectamente con arreglo al esquema formal, las propuestas temáticas y los patrones de elaboración del personaje previstos por Cervantes en su obra original.

²² Denominamos ampliaciones a aquellos textos en los que se narran sucesos protagonizados por los personajes del *Quijote* dentro del tiempo definido por la historia del protagonista. Según los autores de estas narraciones, estos hechos no fueron considerados o conocidos por Cervantes en la obra original, o bien, como en el caso que aquí nos interesa, su redacción y publicación sufrieron circunstancias adversas.

2.1. El cuento «D. Q.» de Rubén Darío fue publicado en el año 1899 en el *Almanaque Peuser* de Buenos Aires²³. Consiste en una narración en primera persona a cargo de un soldado español destacado en Cuba, dolido por la adversa suerte de las campañas militares de su país y alentado por el afán vindicativo de una España derrotada cuyo espíritu colectivo se inflama aún ante el deseo de recuperar el honor patrio, ultrajado muy especialmente por el ejército de los Estados Unidos de América.

La primera presentación del personaje D. Q. (siglas que no ocultan precisamente un secreto), abanderado de la compañía que acude a reforzar el destacamento donde sirve el soldado narrador, es ya claramente definidora:

Todos eran jóvenes y bizarros, menos uno; todos nos buscaban para comunicar con nosotros, para conversar; menos uno. Nos traían provisiones que fueron repartidas. A la hora del rancho, nos pusimos a devorar nuestra escasa pitanza, menos uno.

Tendría como unos cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y decirnos cosas de siglos. Alguna vez que se le dirigía la palabra, casi no contestaba; sonreía melancólicamente, se aislaba, buscaba la soledad; miraba hacia lo hondo del horizonte, por el lado del mar.

Era el abanderado. ¿Cómo le llamaban? No oí su nombre nunca²⁴.

La segunda descripción del abanderado no depende de la voz del narrador, sino que se debe a la intervención del capellán castrense. Gracias a las palabras del sacerdote conocemos el carácter solidario y desprendido del misterioso D. Q. y sabemos que su valentía, nobleza y fidelidad, así como sus ideas, muy alejadas de toda realidad, y su espíritu patriótico y justiciero, alumbrado por una inspiración religiosa emanada de la tradición hispánica, contrastan con la actitud de sus compañeros, que le hacen a veces objeto de sus burlas.

Los signos externos surgidos de la descripción del capellán, su hábito, su procedencia, sus costumbres, y por fin las siglas que identifican su mochila, estimulan la complicidad del lector, que sabe muy bien quién se oculta bajo el uniforme del abanderado:

... ¿Ha visto usted al abanderado? Se desvive por socorrer a los enfermos. El no come; lleva lo suyo a los otros. he hablado con él. Es un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me

²³ Utilizamos la edición de la obra de RUBÉN DARÍO en *Cuentos fantásticos*. Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 61-65.

²⁴ *Op. cit.*, p. 62.

ha hablado de sueños irrealizables. Cree que dentro de poco estaremos en Washington y que se izará nuestra bandera en el Capitolio, como lo dijo el obispo en su brindis. Le han apenado las últimas desgracias; pero confía en algo desconocido que nos ha de amparar, confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa. ¿Sabe usted? Los otros le hacen burlas; se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. El no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. Es un buen hombre en el fondo; paisano mío, manchego. Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. Dicen que por la noche rima redondillas, se las recita solo, en voz baja. Tiene a su bandera un culto casi supersticioso. Se asegura que pasa las noches en vela; por lo menos, nadie le ha visto dormir. ¿Me confesará usted que el abanderado es un hombre original?

—Señor capellán, le dije, he observado ciertamente algo muy original en ese sujeto, que creo por otra parte, haber visto no sé dónde. ¿Cómo se llama?

—No lo sé, contestóme el sacerdote. No se me ha ocurrido ver su nombre en el registro, pero en su mochila hay marcadas dos letras: «D.Q.»²⁵

El momento culminante del comportamiento del personaje en medio de los acontecimientos derivados de la rendición del ejército español coincide con el protocolo humillante de la entrega de la bandera al enemigo después de las armas. La reacción del abanderado es profundamente quijotesca por su significado último, pero menos propia del genuino Don Quijote que la que, en forma de fiera y desigual batalla contra el ejército estadounidense, acaso hubiera deseado el lector. Sea como sea, parece claro que Rubén Darío desea un final más digno y grave, y desde luego más fácil de resolver, que el que se habría producido si un patético héroe solitario hubiera arremetido contra las filas enemigas. El desenlace resulta así verosímil aun dentro de la atmósfera de irrealidad que se crea en torno a la figura de D. Q.:

Cuando llegó el momento de la bandera, se vio una cosa que puso en todos el espanto glorioso de una inesperada maravilla. Aquel hombre extraño, que miraba tan profundamente con una mirada de siglos, con su bandera amarilla y roja, dándonos una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese a tocarle, fuese paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura²⁶.

Por fin es el personaje narrador quien, en su última intervención, aclara el misterio que para él y los demás ocultan las iniciales del abanderado. En la cita textual que se transcribe en ultimísima

²⁵ *Op. cit.*, pp. 62-63.

²⁶ *Op. cit.*, p. 64.

instancia, tomada con toda claridad del primer capítulo del *Quijote* de 1605, se desentraña la identidad de aquel hombre enigmático cuya mirada parecía decir «cosas de siglos». La literatura, invocada desde la literatura misma, cierra (¿o tal vez reabre?) el ciclo, y los personajes desvelan y reconstruyen el signo que la complicidad cultural del lector avisado había ya resuelto quizá desde la lectura misma del título del cuento.

2.2. El Padre Jerónimo Montes escribió *El alma de Don Quijote* a principios del siglo xx, y la novela fue publicada en Ediciones El Buen Consejo en 1904²⁷. La «Introducción» del libro anuncia ya el compromiso con una postura nacionalista de tono reaccionario y retazos marcadamente panfletarios. El autor —porque aquí es el autor quien a todas luces se manifiesta— culpa abiertamente de la pérdida de Cuba y Filipinas a la mala gestión de los políticos del momento y a «los del triángulo y el mandil»²⁸. La masonería, cuyos ritos se muestran con cierto detalle en algún momento de la obra, se presenta ante los ojos del lector no sólo como responsable del desastre del 98, sino también como principal culpable de todas las grandes asechanzas que, desde la expulsión de los jesuitas hasta la insurrección de las colonias americanas, mermaron el poder y la gloria de España. Por lo que toca a la novela que ahora consideramos, el narrador insiste constantemente en la dialéctica sostenida por frailes —no olvidemos la condición de agustino de Jerónimo Montes— y masones, muy especialmente a lo largo del tratamiento de los acontecimientos de Filipinas. Resulta ocioso aclarar que el dispar tratamiento de unos y otros se resuelve a favor de los primeros.

Los ideales de *El alma de Don Quijote* están clarísimos y su exposición es igualmente explícita y directa: un antirrepublicanismo evidente, una defensa a ultranza del catolicismo, un tratamiento racista de los mestizos y de los indios filipinos (llamados literalmente «los monos de Filipinas»²⁹), un feroz antiliberalismo y una recurrente animadversión a los Estados Unidos de América. Con todo este bagaje ideológico el narrador propone un repaso sesgado de los hechos históricos de la sublevación filipina y la Guerra de Cuba acaecidos tanto dentro como fuera de España. El resultado tiene una escasa calidad literaria y la narración, ocasionalmente trasladada a la responsabilidad de algún personaje, no es conducida con una técnica demasiado lograda, de modo que el principal valor de la novela es su contenido, informado por las urgencias y los tópicos propios de una literatura de combate indisimuladamente maniquea.

²⁷ Empleamos la tercera edición, publicada en la misma editorial el año 1963.

²⁸ *Op. cit.*, p. 9.

²⁹ *Op. cit.*, p. 180.

El alma de Don Quijote se manifestará sobre todo en el protagonista de la novela, el coronel César Iturralde, militar de agrio carácter y amante obsesivo de la disciplina, que después de algunos graves desengaños deja el ejército en compañía de su asistente Antonio, a quien ahora tomará como criado en la vida civil. Quizá resulte meramente anecdótico añadir que Iturralde deja destacado en Cuba a su sobrino, el teniente Pepe Castro, al cual acogió en su casa y crió desde su temprana orfandad.

La construcción del personaje de César Iturralde deja ver pretensiones de inspiración quijotesca ya desde su descripción:

Su genio vivo y exaltado, sus ojos negros y chispeantes, la rudeza de sus facciones, su cara angulosa con largo bigote y perilla recortada, su figura esbelta...³⁰

Por otra parte, en su caracterización juega un importantísimo papel la constante dialéctica que César Iturralde mantiene con su íntimo amigo Claudio Rebolledo, hombre práctico y bastante más moderado en sus planteamientos. El entramado dialógico que permite contrastar las posturas encontradas de los dos personajes pretende recordar al que a lo largo de todo el modelo cervantino sostienen Don Quijote y Sancho Panza. Véanse si no tres muestras tan significativas como las siguientes:

—¿Sabes a quién te pareces? A Sancho Panza... Pero corregido y aumentado.

—Pues tú eres la fotografía exacta de don Quijote. Pero sin corregir³¹.

—¡Misterioso estás, Sancho amigo!...³²

—Eres todo un Quijote —replicó don Claudio.

—Y tú un Sancho Panza, que es peor...³³

Para Claudio Rebolledo el espíritu quijotesco no se manifiesta únicamente en la actitud de su amigo el coronel Iturralde. La inspiración de Don Quijote insufla también el ánimo colectivo de los españoles que quieren la guerra contra los Estados Unidos. Así se desprende del momento en el que Iturralde recrimina a Rebolledo su postura contraria a combatir al enemigo:

—(...) Tú no has nacido en esta tierra de héroes; tú has nacido en tierra de yanquis... ¡Si tu misma figura lo está diciendo!... ¡Claudio! Si yo pen-

³⁰ *Op. cit.*, p. 16.

³¹ *Op. cit.*, p. 87.

³² *Op. cit.*, p. 90.

³³ *Op. cit.*, p. 206.

sara como tú, emigraría de este país. España se revuelve como un león herido, y se levantará como se levantó el Dos de Mayo para aplastar al opresor. Y si no, repite en la Puerta del Sol, repite ante el pueblo lo que aquí has dicho, y el pueblo te arrastrará por las calles.

—¿Y eso qué prueba? Que aún queda algo del alma de Don Quijote, y nada más³⁴.

En efecto, el talante quijotesco de César Iturralde parece sustentado por su firme creencia en la pureza de los ideales patrios y en la limpieza y buena fe de los responsables de defenderlos. La sombra de Sancho se proyecta a su vez sobre Claudio Rebolledo, movido por una conciencia crítica y realista, pero no por ello menos patriótica, de la verdadera situación comprometida del país; un Claudio Rebolledo que declara muy pragmáticamente que estima «más los verdaderos intereses de la nación que ciertos quijotismos»³⁵ arraigados en el pensamiento de César Iturralde, ciegamente confiado en los valores invencibles de una España que «conquistó la América, y ha sabido batirse con toda Europa, e hizo morder el polvo a los ejércitos de Napoleón»³⁶ y ahora se enfrenta a «una piara de cerdos, sin más ideal que el oro, sin patria, sin organización militar, sin bandera, sin historia, sin valor...»³⁷.

No es extraño que quien así piensa reaccione con ira radicalmente quijotesca al recibir la noticia del desastre de la armada española en Cavite y Santiago de Cuba, teniendo en cuenta que de su actitud iluminada y enfermiza han tenido una especial culpa las evidencias de que ha sido la desidia de los políticos españoles más que la debilidad militar de España en tierra enemiga la que ha ocasionado la derrota. Resurge entonces de sus propias cenizas el viejo hijo del león español, patéticamente enfundado en su también viejo uniforme de coronel —¿cómo no ver aquí alguna reminiscencia de la anacrónica figura que en su tiempo encarna un Don Quijote enfundado en su armadura?— y alentado por la misión que el cielo le ha encomendado:

... Dios me ha hecho juez de los que han perdido a la patria. ¡Y seré su juez, y seré su verdugo!... Después me embarcaré para Cuba y venceré a los yanquis³⁸.

Claudio Rebolledo consigue, no sin engaños, atraer a Iturralde a su casa, pero el ánimo exaltado del coronel no se aplaca pese a

³⁴ *Op. cit.*, p. 208.

³⁵ *Op. cit.*, p. 159.

³⁶ *Op. cit.*, p. 206.

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ *Op. cit.*, p. 244.

los intentos y tretas de su amigo, su hija y su antiguo asistente Antonio. En medio del delirio, el nuevo Quijote tropieza y cae providencialmente por la escalera al salir de la casa de Rebolledo, inflamado por el ánimo de encabezar y dirigir la sublevación del pueblo español contra sus débiles gobernantes.

Pero no será esta la que en la novela de Montes se nos presente como «la última quijotada» de Iturralde. La postrera gran reacción quijotesca del protagonista ocurre en un sueño cuyas ilusiones perduran aún en los primeros instantes de una vigilia bruscamente recobrada y que nos recuerda episodios oníricos y alucinatorios parecidos en el *Quijote* cervantino. La chispa que enciende las obsesiones de victoria de Iturralde es la lectura del periódico que trae a su casa el poeta Eliseo Morales —maltratado constantemente por el narrador y no mejor considerado por el propio coronel—, donde puede leerse, entre otras cosas tales como la narración que del desastre de la flota de Cervera hace el mismísimo capitán del buque enemigo Iowa, la descripción de un potente torpedo explosivo, el «toxiro», recientemente inventado por el español Daza. Según el articulista, el poder de los toxiros era tal que, como demostraban pruebas realizadas hacía poco, sería posible hundir la flota estadounidense desde el puente de un barco mercante. Vale la pena transcribir el fragmento entero en el que se narra el bélico sueño de César Iturralde y su triste transición a la cruda realidad de la vigilia:

Pensando en el *toxiro* de Daza, cenó aquella noche; y pensando en el toxiro se acostó. Y soñó despierto que con aquel cohete maravilloso iríamos echando a pique, uno por uno, todos los buques que bloqueaban a Cuba. Luego destruiríamos la escuadra americana que se paseaba orgullosa y triunfante por la bahía de Manila, y nos reiríamos del poder de Inglaterra y reconquistaríamos a Gibraltar, y llevaríamos el terror a todas partes, y conquistaríamos el mundo entero, si se nos ponía en la cabeza... ¿Por qué no, en caso de ser cierto lo que se decía del destructor explosivo? ¡Y vaya si era cierto! ¡Muy necio tenía que ser quien lo pusiera en duda!

Después soñó dormido que él, con un batallón a sus órdenes, y don Claudio a bordo, se había embarcado en un buque grande, inmenso, que se dirigía a Cuba con la velocidad del rayo.

Al poco tiempo divisaron un buque enemigo: el *Iowa*. Don Claudio lanzó un toxiro con tan buena fortuna, que tocó en la proa del temible acorazado, y dando una vuelta en redondo, desapareció de la superficie del mar. Acudieron otros dos barcos en su auxilio; pero una nube de toxiros cayó sobre ellos, y fueron también sumergidos en las olas (...)

—¿Lo ves, Claudio? —le decía don César.—¿Ves cómo España no puede ser vencida por nadie? ¿Lo ves, lo ves?...

Y el barco continuaba volando sobre las aguas, y aquellos cohetes destructores iban aniquilando la escuadra enemiga, que huía, huía siempre. Pero en vano, porque el barco español corría con más velocidad, y los

toxpiros levantaban columnas inmensas de agua que caían sobre los acorazados yanquis, y los sepultaban en los abismos.

El buque español rodeó toda la costa de Cuba, vitoreado por el Ejército, que veía a su glorioso libertador desde la playa. Un momento después, penetraba en el puerto de Nueva York, y los toxpiros derrumbaban las casas, y la gente hufa despavorida.

—¿¡Soldados! —gritaba el Coronel. —¡A conquistar la ciudad, a conquistar los Estados Unidos para España!...

Y haciendo un gran esfuerzo saltó a tierra, produciendo al caer un ruido infernal.

Al mismo tiempo entró Antonio en el cuarto, diciendo:

—Mi Coronel, ¿le pasa a usted algo?

—¡Más toxpiros, más toxpiros sobre la ciudad! —seguida gritando. —Que no quede piedra sobre piedra!

Antonio encendió la luz y se acercó a don César, repitiendo:

—¿Qué le pasa a usted, mi Coronel?

—¿Pero no estamos en Nueva York? —preguntó Iturralde, abriendo los ojos.

—No, señor, estamos en Madrid.

—¿Cómo que en Madrid, si acabo de saltar del buque?

—No, mi Coronel. De donde ha saltado usted es de la cama.

—¿Y los toxpiros? ¿No has visto que han echado a pique la escuadra de los yanquis?... ¿Pero no has oído el estruendo de los toxpiros?

—Lo que he oído es el estruendo de su mesilla que ha rodado por el suelo.

Entonces acabó de despertar. Qué triste se quedó el pobre Coronel al verse, no en Nueva York, sino al pie de la cama y tendido sobre el pavimento.

La verdad es que hay sueños que debían durar toda una vida ³⁹.

Llegados al final de la novela, nos parece necesario decir que, a pesar de su aparente protagonismo, el peso específico de los personajes principales no es demasiado relevante en el conjunto de una obra en cuyo transcurso lo que importa es el mensaje. Por lo que respecta al uso del símbolo hispánico de Don Quijote, el análisis parece demostrar que lo que aquí se nos presenta como su alma no es más que un esbozo imperfecto y desde luego a todas luces manipulado a la luz de una ideología abiertamente confesada desde la primera página.

D.Q. y César Iturralde son dos Quijotes de fin de siglo hermanados sobre todo en las circunstancias que propician su gestación literaria. La identidad quijotesca del primero parece bastante clara, y la inspiración quijotesca del segundo es evidente por lo menos en los planes del autor. El primero esconde bajo su uniforme al intemporal Don Quijote verdadero, jamás muerto como símbolo eterno del alma española pretendidamente indómita y orgullosa; el segundo alberga cuando menos la trascendencia del espíritu de Don

³⁹ *Op. cit.*, pp. 264-267. Respetamos las licencias tipográficas del original.

Quijote, imbatible y cargado de fe. Uno y otro se unen en la quimera, desde luego quijotesca, de conquistar los Estados Unidos de América, y ambos se muestran visceralmente convencidos de la justicia de la causa española.

Su condición de personajes, sin embargo, se aleja con mucho de la intención que alienta al modelo original. D.Q. y César Iturralde, como tantos otros Quijotes resucitados, recreados o contruidos por imitación desde 1614 —sin que Avellaneda, dicho sea a su favor, sea precisamente un ejemplo de esta actitud—, están cumpliendo una función orgánicamente adscribible a unas determinadas circunstancias históricas o ideológicas. No los mueve la gratuidad de la literatura, sino la vindicación o la reivindicación en virtud de un determinado credo o acontecimiento, y sin desmerecer los logros que en cada caso puedan hallarse, que los hay, su naturaleza de entidades literarias manipuladas no beneficia ni facilita su puesta en acción. Nueva muestra, en fin, de la victoria de los motivos que inspiran el consuelo que alimenta la mentira amable de la literatura sobre la verdad irreversible y desconsoladora de la historia.

SANTIAGO ALFONSO LÓPEZ NAVIA
Centro Europeo de Estudios Superiores